

contemplativa, y quiso ya de joven entrar en la Orden de Predicadores, aunque Dios de otro modo lo dispuso, para que en vez de predicar solamente durante su vida mortal, predicase mediante sus obras inmortales año tras año el sermón de la Pasión por las calles de su Ciudad, con una elocuencia prendedora que truoca los ojos, de ventanas por donde suele disiparse el espíritu, en vehículos por donde entra la compunción.

Y, por fin, como muestra de una y otra influencia, de la sensibilidad estética en la elevación de las moradas del espíritu, y recíprocamente, tenemos la atractiva figura de san Francisco de Asís.

Su ingenuo abandono a todas las caricias puras de la creación, la tierna comunión de su espíritu con ese aliento vital que palpita trémulo y ruboroso en los pétalos de las rosas, canta en los trinos de los pájaros, titila en la luz de las estrellas, y suspira en el pío dolorido de cuanto sufre, coadyuvó a llevarle al amor de la santa pobreza, « tan noble — como decía el Santo — que tiene por servidor al mismo Dios » por medio de cosas no trabajadas por la humana industria, sino aparejadas por la Naturaleza gobernada por la Providencia divina; coadyuvó a llevarle al sentimiento de la solidaridad entre los seres todos, solidaridad fundada en Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos, y para remontarse al cual tomaba fuerzas el espíritu del Seráfico al unirse con las criaturas, no con las ataduras del deseo que clavan las almas, sino con la relación de contemplación estética y sentimiento desinteresado que aligera de lastre el corazón.

Pero a su vez, aquella amplitud y profundidad de

